

## JUBILEO DE LA FAMILIA

*Catedral de La Habana, 17 de julio del 2000*

Queridas familias:

Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Hombre y mujer los creó... Y dijo Dios: crezcan y multiplíquense y llenen la tierra... Y vio Dios que era bueno.

En estas palabras del libro del Génesis aparece, en síntesis apretada y precisa, el plan de Dios sobre el ser humano: hombre y mujer. Imagen de Dios serán ambos, siendo efectivamente distintos. Dios nos da una imagen suya por medio de la pareja humana. El hombre y la mujer completan, los dos juntos, acercándola a nuestra limitada comprensión de lo inmenso, la imagen del único Dios, a la vez fuerte, protector y padre, y tierno, dador de vida y madre.

El hombre y la mujer, siendo cada uno lo que debe ser, son en la tierra un reflejo humanizado de Dios y, al completar entre ambos esa imagen divina, se complementan además uno al otro. En esto hallan su propia felicidad y la de los hijos que nacen de su amor. En verdad es buena la vida del hombre y la mujer sobre la tierra cuando entran de lleno en el querer de Dios. La comunidad familiar debe, pues, reproducir a escala humana la unidad de amor de la vida trinitaria de Dios que, siendo uno, no es un Dios solitario, sino un solo Dios en tres personas: el Padre, que desde siempre engendra al Hijo, el Hijo, que expresa en su persona todo lo que el Padre es, y el Espíritu Santo, que es el amor increado que los une. ¡Qué alto debe mirar la familia para comprender su grandeza! Y cuán necesario es siempre mirar muy alto para conocer de veras lo inmediato, lo cotidiano.

Es así como actúa la fe, que nos hace penetrar lo común de todas las horas con sus contornos grises, y nos descubre la auténtica belleza, no de lo que hacemos o tenemos, sino de lo que somos.

Es bueno que vivamos, es bueno hacer producir la tierra con nuestro trabajo, es bueno el amor de los esposos y de los hijos. Es bueno porque vio Dios que era bueno lo que había hecho y lo que Dios ha hecho bueno debe serlo para siempre.

La oración es el tiempo mejor para mirar alto y disfrutar lo bueno que está presente en nosotros sin a veces percatarnos de ello. Quienes integran la familia deben también descubrir y disfrutar las bondades de la vida familiar en la oración hecha en familia. Las voces de los otros dirigiéndose al Padre que está en el cielo, su sola presencia ante Dios, nos revelan que los lazos que nos unen nacen del Creador, al mismo tiempo que sentimos cómo se estrechan en Dios esos lazos: Él es quien nos ha puesto juntos, quien nos ha hecho sentirnos amados y capaces de amar.

Queridas familias: acostúmbrense a rezar juntos, con toda sencillez en familia, no dejen la oración hogareña, en la cual la familia tiene la plena vivencia de ser iglesia doméstica. La prisa, el perenne televisor, los vecinos importunos, el descuido, la convivencia con otros familiares, no dejan espacio a la familia para experimentar su misma realidad comunitaria esencial donde se comparten preocupaciones, se forjan proyectos o se pasa simplemente un buen rato juntos. Cuánto más difícil es hallar unos momentos para la oración en común. Y, sin embargo, la oración es normalmente garante de esos otros momentos de intercambio, de esos imprescindibles espacios para compartir. Una vez que hemos orado juntos fluye más fácilmente la conversación y la auténtica comunicación entre padres, hijos y hermanos. Si no es solo descuido o imprevisión, remediables con un esfuerzo serio, es necesario entonces, y creo que es la mayoría la que lo requiere, aprender a orar en familia, dejando a un lado las vergüenzas, complejos e inhibiciones. Por ahí debemos comenzar los católicos cubanos a cumplir aquel mandato del Papa Juan Pablo II en la celebración eucarística de Santa Clara: «Cuba, cuida a tus familias».

La familia es el tesoro máspreciado del ser humano, la familia católica debe cuidarse realizando en cada momento el designio de Dios sobre ella a corto, a largo o a mediano plazo. Esto significa tener normativamente presente, interiorizada y asumida sin reservas, la centralidad de la familia en el proyecto creador de Dios, que contrasta hoy con versiones incompletas y aun degradadas del papel de la familia en la sociedad y de la misma estructura familiar.

Esto exige del católico una postura ética definida e iluminada por el evangelio y, en no pocos casos, tomas de posición claras en orden a preservar y defender los mismos elementos naturales que sostienen la institución familiar y la dignidad de la vida humana, menospreciados y amenazados por la ola globalizadora de lo intrascendente posmoderno, donde no hay fijación de valores, con el hombre y la mujer pisando terrenos movedizos en los que suenan extrañas las palabras definitivas y totales que vienen de Dios y que la Iglesia nos propone en nombre del Señor: «dejará el hombre a su padre y a su madre y serán los dos una sola carne..., lo que Dios ha unido no lo separe el hombre..., prometo amarte a ti, esposo o esposa, y honrarte hasta que la muerte nos separe..., recibirás con amor a tus hijos...». La riqueza de esa doctrina se traduce en un sí a la vida, un sí a la fidelidad, un sí a la perdurabilidad del amor.

A la familia se le cuida poniéndola bajo la luz bienhechora de la fe que nos revela el amor de Dios hacia nosotros, manifestado por medio de su hijo Jesucristo y que debe ser cultivado sin cesar entre los que integran la comunidad familiar.

Es cierto que el amor resulta algo espontáneo y connatural a la familia, pero los esposos deben saber bien que el amor entre ellos no es una planta silvestre, sino sembrada, regada, podada y atendida con esmero, de otro modo puede ser raquítica o irse en follaje, sin que aparezcan las flores y los frutos que se esperan de ella.

Los esposos deben cultivar su amor mutuo no solo como un bien para ellos dos, sino como un don imprescindible para sus hijos. Ellos necesitan no solo tener papá y mamá, sino unos padres que se amen de veras. El hogar es la escuela del amor, un amor que se aprende al vivir en un clima donde se respira amor. El amor de los hermanos entre sí y el de los hijos hacia los padres se apoya en el amor que los esposos se profesan uno al otro. Los hijos, que nacen de un acto de amor, deben también crecer con una conciencia agradecida y feliz de que el amor que los trajo a la existencia está vivo y perdura. De ahí el mal del divorcio, que desgarrar el corazón de los padres y de los hijos.

Es también desolador el ambiente familiar sin amor, donde solo se escuchan palabras duras, o se habla únicamente de problemas, y casi nunca se sientan a la mesa juntos y no hay fines de semana ni vacaciones en familia, sino que cada uno se las arregla por su cuenta.

Escuchemos de nuevo las palabras de la carta del apóstol San Juan: «Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor».

La llamada del apóstol a ayudarnos debe ser acogida poniendo por obra acciones concretas.

En Cuba y en el mundo de hoy, menos que nunca, puede dejarse el amor a la simple espontaneidad de las personas. Hay que crear espacios para el amor, hay que defender los tiempos propios para que la familia se muestre el amor y los más jóvenes aprendan «qué bueno y qué alegre es estar los hermanos reunidos».

Nuestra fe cristiana le da al amor toda su trascendencia: «el amor es de Dios... porque Dios es amor». Sabemos que al amarnos cumplimos el dulce mandato de Jesús: «ámense unos a otros como

yo los he amado». El amor de Jesús a nosotros se hace presente en el amor de quienes integran la familia.

Existen, sin embargo, hoy muchos factores que ponen trabas al amor, al producir condiciones desfavorables que entorpecen sus expresiones más comunes. El trabajo de la mujer fuera del hogar hace de la casa un lugar cerrado y oscuro durante todo el día, a menos que haya una abuela que le dé vida a ese hogar. A esto se suma la ausencia de los adolescentes y jóvenes, en muchas ocasiones internos o semiinternos en sus escuelas. Se convierten así los domicilios en casas-dormitorio, adonde se llega cansado y agobiado por el trabajo del día. Normalmente, la mujer se arregla para ir a su trabajo. Es casi la única salida que hace. En la tarde, en casa, está cómoda, con ropajes impresentables y desaliñada. Y algo parecido puede decirse del hombre. Ya nadie espera visita y, si llegara alguna, se la recibe así.

Hay que reprogramar la vida de la familia teniendo en cuenta los ritmos inhumanos del tiempo presente. La mesa del hogar, donde toda la familia se congrega, tiene que ser un lugar de encuentro y de encuentro feliz y no solo cuando hay una comida especial, sino cada día. La mesa eucarística debe reunir a la familia el domingo para alimentar y afianzar su espiritualidad recibiendo a Cristo, Pan de Vida para la familia. Se trata de combatir el individualismo que lleva a cada uno a entrar y salir según su propio programa, en la casa-dormitorio, a comer con el plato en la mano frente al televisor, o aun de pie por la prisa de salir de nuevo, e, incluso, a ir cada uno por su cuenta a la misa dominical.

A veces me preocupan las misas de niños celebradas el sábado que hacen que el domingo la familia deje a los pequeños en casa viendo los muñequitos en la televisión, con algún otro miembro de la familia, o con un vecino, mientras que padres o abuelos van a la Misa dominical. ¿Cómo puede formarse así la conciencia del niño sobre el domingo, día del Señor, que debe celebrarse en familia, tanto en la iglesia como en la casa? Ni la casa ni la iglesia son centros de servicio, que ofrecen comida y sitio para que cada uno coma y duerma o misas a distintas horas para que cada uno vaya y cumpla. La mesa del hogar y la mesa eucarística son los momentos privilegiados en que la familia se congrega en el amor, y da gracias a Dios y se alimenta como familia, sea en su cuerpo, sea en su espíritu.

Cuando digo que hay que reprogramar la vida familiar no me refiero, pues, a preparar una especie de ficha personal con las horas de trabajo o de actividad escolar de cada uno de sus miembros, sino propongo se haga un sencillo proyecto para la vida comunitaria de la familia, a fin de protegerla y fomentarla. En él deben incluirse los tiempos para las relaciones de la familia en el hogar y su participación en la Iglesia, los paseos juntos, las celebraciones familiares importantes: aniversarios, conmemoraciones, reuniones amistosas con otras familias, etc.

La acción pastoral de la Iglesia no puede dirigirse exclusivamente a individuos aislados, si bien la respuesta de entrega a Cristo es siempre personal. Así, ante un catecúmeno adulto que ha dado su primera adhesión de fe a Cristo y comienza su preparación para el bautismo, nuestras primeras preguntas serán: ¿estás casado? Si es así, ¿cuántos hijos tienes?, ¿hay estabilidad en tu matrimonio?, ¿tu esposa tiene fe?, ¿qué piensas de la iniciación cristiana de tus niños? Y todo esto es de tal importancia, que la posibilidad de su bautismo dependerá de la orientación correcta de su vida familiar y de las decisiones que el catecúmeno tome al respecto, si fueran necesarias.

Son tan fuertes los lazos que unen al hombre y a la mujer concretos a su familia, que no hay un solo acto personal, ni aun el bautismo que hace al hombre hijo de Dios y miembro de la Iglesia, que pueda sustraerse de esa comunidad natural y esencial que es la familia. La familia es la primera comunidad humana. No está establecida por las constituciones de los Estados ni por otras leyes. Puede y debe ser favorecida, protegida, potenciada como célula básica de la sociedad, por las

legislaciones de cada nación, pero la familia existe naturalmente y sus derechos son anteriores a los del Estado. Dios ha creado al hombre y a la mujer para vivir en familia.

La familia cristiana sabe, además, que se origina y se estructura en Dios y sabe también que su incorporación a Cristo y a su Iglesia, como familia, hace de ella un grupo humano que, como tal, debe dar testimonio de la presencia de Cristo en la comunidad familiar que ellos forman y anunciar a Cristo, como familia, a otros hombres y mujeres, a otras familias y hacerlo presente en la sociedad.

Ustedes son así, queridas familias cristianas, sal de la tierra y luz del mundo. Su misión no es solo vivir como familia en el amor de Dios, sino además irradiar ese amor de Dios a cuantos los rodean.

Para la familia cristiana, la vivencia familiar del amor comunitario es más que un gran bien del que disfrutan sus integrantes, es un modo eminente de realizar un apostolado familiar, de cumplir una misión de Iglesia. De faltar esa unión de amor entre los que forman la familia, dejaría de aportar sabor cristiano a la vida del vecindario y en la sociedad. «Si la sal se vuelve insípida no sirve más que para tirarla fuera y que la pisotee la gente», nos decía hoy la lectura evangélica.

Tampoco debe guardar para sí la familia el gozo del amor compartido. «No se enciende una lámpara para ponerla debajo de un mueble, sino para que alumbre a todos los de la casa.» Ahora bien, si tu casa está iluminada por el amor de Dios, será como esas casas que tienen luz propia y brillan en medio del apagón, sirviendo de puntos de referencia a quienes pasan. Este brillo pudiera causar molestias al que está a oscuras, pero el brillo del amor es de otro orden y constituye una invitación a ponerse bajo la luz de Cristo a quienes entran en contacto con aquellos que tienen un modo especial de quererse entre sí.

Queridas familias: estos valores hay que transmitirlos a las nuevas generaciones, a los niños desde muy temprana edad y poner cuidado particular en los adolescentes y jóvenes. Es muy grande la fuerza avasalladora de la corriente que los arrastra a modelos de comportamiento disgregadores de la familia, que no ayudan a congregarla y que no los preparan a ellos y ellas para la responsabilidad de fundar y cuidar una familia en un mañana inmediato. En ciertas etapas de la vida hay que extremar la delicadeza del amor, que incluye la capacidad de escucha y la comprensión, pero hay que tener, además, el coraje de hablar con claridad y seriedad de los valores irrenunciables para un cristiano.

Grande es hoy la responsabilidad de la familia, pero no estarán solos los padres ni los hijos en sus esfuerzos. Permanece en pie la promesa invariable de Jesús y las seguridades que Él nos da: «no teman, pequeño rebaño mío, yo estaré con ustedes siempre...». Ese es el lema para nuestro Congreso Eucarístico Diocesano, porque en la Eucaristía cumple de modo admirable Jesús su promesa de estar con nosotros, de librnarnos del miedo y de colmarnos de amor. Jesucristo es también Pan de vida para las familias. A Él, en esta Eucaristía Jubilar, confiamos las familias habaneras que están, como todas las familias cubanas, bajo la mirada amorosa de la Virgen de la Caridad.

Llenos así de confianza en el poder de Dios y en el amor de María, el Movimiento Familiar Cristiano y toda la pastoral familiar deben cumplir la parte que les corresponde en su respuesta al llamado del Papa: «Cuba, cuida a tus familias». Tratemos todos de no desoír ese llamado, de él depende en gran medida la felicidad de muchos en nuestro pueblo. Que Dios bendiga a nuestras familias.